

El pontificado de un Príncipe tan completo hubiera becho feliz á su Diócesis, sino hubiese sido tan corto, que apenas tubo tiempo para aquella variacion y trastorno indispensable en una reforma, qual él intentaba hacer en los Colegios; lo que fué origen de que para algunos amantes de sus inveteradas corruptelas, no sea muy grata su memoria.

Para mí sera siempre tierna y respetable, como que experimenté los efectos de su beneficio. y fui testigo de sus acertadas máximas y gobierno. No es poca prueba de ello lo acaecido conmigo luego en los principios de su pontificado, con ocasion de haber hecho entónces mi primera oposicion á Canongias en concurso á la Magistral, que llevó el Prebendado Dor. Don Juan Vicente Bernal. Mi edad era de veinte y quatro años y no tenia orden alguna, circunstancia que llamó la atención en mi sermon, y que desde luego fué la que me vió al Dor. Conde, para darme un parabien extraordinario y alabárselo al Prelado.

No necesitó de más para llamarme al punto, dándome en premio una capellania de tres mil pesos, y haciéndome tan honrosas expresiones, que los Canónigos mismos y los primeros personajes comenzaron á mirarme con distincion, y á prodigalizar sus demostraciones afectuosas. Hubo quien, sin haberme hablado nunca, fuera á dar las gracias al Obispo, expresándole era interesado en mi bien, por lo mucho que me estimaba.

No me desvaneció la elevacion de mi fortuna. Habia yo experimentado demasiadamente sus rigores, y era muy repentina su mudanza, para no temer sus baybenes. Poco ántes no me hacian aprecio, y ni me conocian siquiera los personajes que me agasajaban ya, como si hubieran pasado muchos años de comunicacion. Estaba además muy visible la causa de su súbita estimacion, que era haber expresado el Prelado, queria dar en mí una prueba de que premiaba el mérito, engrandeciéndome hasta donde alcanzase su poder.

Quedé absorto al experimentar lo que era el Mundo, y no podía olvidar la sentencia de Ovidio: mientras seas feliz, tendrás muchos amigos; pero te abandonaran en el tiempo de la desgracia. En efecto, la prosperidad es como el Sol que nace, y los más de los hombres como los girasoles que sólo se inclinan hácia donde la veen.

### LEGAJO 3.

#### APUNTE 1.

##### Dor Conde.

Después de los actos de Lógica, en que me dieron honor mis discipulos desempeñándolos con lucimiento, pasamos á la Metafísica, leyéndoles una y otra parte de la Filosofía por el curso de Goadin, segun la ley del Colegio. Hubiera continuado de la misma manera en la Física, si al principio de aquel año escolar no hubiese entrado de Rector y Regente de estudios el Dr. Dn. Francisco Xavier Conde y Oquendo, á quien debí eximirme de una observancia en la realidad gravosa para mí.

Era aquel hombre uno de los mayores literatos del siglo y honor de la Nacion. Hizo la carrera de sus estudios con tanto lucimiento en su patria la Habana, que á los veinte y un años de edad fué hecho Presidente de las Conferencias del Clero. Era ambidextro, profesando la Teología en que se graduó de Doctor, é igualmente la Jurisprudencia, siendo Abogado de las Audiencias de México y Sto. Domingo, y Promotor Fiscal del Obispado de la Habana, título que se ganó en premio de un sermon, asi como en otro una capellania.

Pasó á Madrid por los negocios de su obispo en calidad de su apoderado y dió allí señaladas pruebas de su elocuencia. Predicó con aplauso uno de los sermones de la tanda quarresmal del Consejo de Indias, asignándole el Ministro que lo era el Marques de Sonora, por haberlo oído con admiracion en la Habana de regreso de la visita de ese Reyno.

Lo que es más. Habiendo la Academia Española declarado que, de quantas piezas se habian presentado en elogio de Felipe V, ninguna era digna del premio, por no estar conformes á las reglas, difirió aquel para el año siguiente. Y temerosa de que se repitiese el suceso mismo, que hacia poco honor á la Nacion, se apartó de la oferta del primer cartel d

que no saldría Académico alguno, y previno á su alumno Dn. José de Viera y Clavijo se encargase de formar un elogio, en cuya virtud claro está que se hallaba preciada á adjudicarle el premio.

El Dor. Conde trabajó entónces y presentó su pieza, que se encontró acreedora al galardón, y por lo mismo se tomó el sesgo de dar dos, concediéndose el del primer año á Clavijo, y á éste del segundo. Sempere, en su compilacion de Autores célebres del Reynado de Carlos III, pasa á áquel en silencio, y tributa á éste los loores que se merecía su elocuencia.

Ella era de tal calibre, que instruyendo sobre un asunto que se le encargó á un Abogado anciano de créditos, se quedó este como abstraído, lo que tubo Conde á desaire, y le tiró de la casaca para volverlo en sí, quejándose de que no le prestase atencion. «No estoy abstraído, respondió el Letrado, sino absorto de oír hablar de este modo á un Indiano.» «Pues yo, le contestó, no nací en la Metrópoli de América, sino en una de sus orillas, y no soy el único en mi país: tengo en él condiscipulos que saben tanto como yo, y Maestros que me aventajan, pues me han enseñado.»

Promovido á la Catedral de Puebla en una Prebenda entera, llegó primero que él su fama, la que exitó una expectacion universal. No hubo quien atraído de ella no ocurriese á oírle su primer sermón, que fué de Sta. Catalina de Sena en el Monasterio de su advocacion. Fué una pieza acabada y perfecta; pero no pudo pronunciarla toda; embarazado de una opilacion, pues no le dexaba echar la palabra por la boca, como él mismo se expresó. No obstante, los versistas vulgares produxeron coplas como llovidas, zaheriéndolo de que se le había olvidado el sermón, como si el defecto de memoria, aun atribuyendo á su falta el no haber concluido, disminuiese el mérito intrínseco de una oracion.

Nadie podrá disputárselo á las del Dor. Conde, quien despues de aquel acontecimiento predicó varias veces, dexando pasmados á los profesores y encantadas á las gentes. Excusado es decir que se concitó la envidia de muchos, que no pudiendo raxar contra sus piezas sin disputa exelentes, tiraban contra el autor echándole encima la negra nota de soberbia, que con tanta facilidad se atribuye á quien sobresale, especialmente en las letras.

Yo que lo manejé, puedo deponer que tubo tal vicio, aunque le daba apariencias del su tono y metal de voz alto, y su cuerpo derecho y erguido. De suerte que no había más apoyo para reputarlo orgulloso, sino que no hablaba quedo. ni andaba doblado ó agachado. «Se me tiene por soberbio, solia él decir con gracia, por que no soy Indio, ni jorova lo.»

A más de sus papeles forenses, que pueden servir de pauta en su género, hizo una colección de sus sermones para darlos á la prensa, con un tomo que les sirve de preludeo, sobre la oratoria española y americana y las reglas de predicar. Escribió tambien, con el mismo fin de darla á luz, la historia de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de Guadalupe, que fué su última obra, con la que decia él había de presentarse en el Tribunal divino implorando la remision de las culpas.

Los caracteres de los pensamientos en sus composiciones eran la solidez y elevacion: el artificio era ingenioso, muy ordenado é insensible: la diction pura, clara y correcta, y los periodos torneados; el estilo, preciso sin faltarle fluidez, natural sin desaliño, enérgico, patético y con un modo de decir arrojado, una especie de gala en el lenguaje, ciertos rasgos característicos y propios, que lo distinguen fácilmente de los demás, y que mejor se admiran que se definen. En una palabra, su elocuencia, que resplandecía hasta en las cartas y conversaciones privadas, era un torrente de fuego que arrebatava á quantos lo oían y poseía tambien en grado eminente el don y gracia de decir.

No sólo sobrepujó á todos los oradores de su tiempo, los eclipsó, ó por mejor decir los hizo invisibles á su presencia, como á la del Sol lo son los Planetas. Yo, despues de haber oído y admirado á los mejores del Reyno, ninguno hallé que junto á él no me pareciese aún menos que Eschines al lado de su rival. En otra era y en otro país en que se apreciase más el mérito, no se le hubiera disputado el principado. Atenas quizá lo hubiera hermanado con su Demóstenes, y Roma con su Julio, si hubiera florecido en aquellas Repúblicas, y yo lo reputo y llamo siempre con justicia el Ciceron Americano.

Tal era el hombre que me tocó de Rector quando iba á comenzar á leer la Física, y en cuya noticia, sobre la conduencia al hilo de esta narracion, el patriotismo más que la gratitud al favor que le debí, ha llevado la pluma fuera de

*D. Fco Xavier Conde y Ap... do.*

la linea que me describí, y prolongado este apunte. Un hombre, pues, tan literato no tubo embarazo en abrazar mi propuesta, reducida á que me sugetaba voluntariamente á escribir y dictar los párrafos á los discipulos, como se habia mandado para los cursos subseguentes; pero con la condicion de que se me dexara libertad para discurrir, sin ligarme á secta alguna. Aprobó y dixo mi solicitud al Prelado, quien inclinado siempre á mí, otorgó la licencia perdida, que fué una merced particular.

APUNTE 2.

Dedicacion á la eloquencia y á la lectura de Física.

Me uní á mi Rector con sed ardiente de aprender, observando sus composiciones, sus máximas y aun sus dichos como otras tantas reglas de eloquencia. Hasta de sus conversaciones sacaba yo instrucción y jamás me aparté de sus lecciones y consejos. Había él encargado el sermón de Sta. Catalina Mártir para la funcion que hace el Colegio, á un sugeto que no habia sido alumno de la casa, contra la costumbre invariablemente observada hasta entónces, que él ignoraba. No se supo la especie hasta la vispera de la funcion, lo que conmovió á los Catedráticos, y me estrecharon á que me encargase de predicar á otro dia, pasando á veer al Rector, para que me impetrase la licencia del Obispo, por ser yo lego.

«Sí, Señor, me dixo, la licencia por concedida, la dará el Prelado en quanto le hable: pero yo amigablemente no le aconsejo la empresa. Encuentro en Ud. buenas disposiciones para la oratoria, que sentiré se malogren, tirándose arrojadamente á predicar sin bastante preparacion, con lo que se hará uno de esos oradores que no saben sino reprender indiscretamente las modas y los trajes del otro sexo. Una pieza necesita de mucha meditacion, mucho trabajo y mucha lima para salir buena. ¿Sabe Ud. quanto tardó Isócrates para formar y pulir el elogio de Enágoras? Catorce años, que se caen los huesos de pensarlo!»

Me sugeté luego á su dictámen excusándome de predicar, y la fiesta se transfirió por el tiempo competente á que formase su sermón el Catedrático de Prima de Teologia, á quien se encargó. Subi de grado en la estimacion del Rector, quien á contemplacion mia mandó hacer las mesas para que escribiesen mis discipulos la Física, que comencé á dictarles.

No juré en las palabras de Maestro alguno, ni me apegué á sistema, siendo el mio tomar de todos lo que me parecia conformé á razon, sin atender á si era Aristóteles, Descartes ó Neuton quien lo decia. El trabajo se me aumentó sobremanera, por que el tiempo que me dejaban la Cátedra y la práctica forense, que seguí constantemente acudiendo al estudio del Licenciado mi Maestro despues de clase, era preciso invertirlo todo en estudiar, y hacer los párrafos que debia dictar, sin perder la noche, ni aun los dias festivos. Pero recompensaba la tarea la deliciosa meditacion de las cosas naturales.

Si es agradable á qualquiera entrar en una Ciudad desconocida, pasear sus calles y sus plazas, registrar sus templos y edificios y observar sus particularidades, ¿quanto más lo será á un Físico, á un Físico moderno, levantar en la manera que se puede, el velo de la naturaleza y entrarse á examinar la gran máquina del Orbe?

El discurre por los elementos repasando los animales, plantas y producciones de cada uno; se interna á descubrir las esencias, causas y qualidades de las cosas: hace análisis de sus principios y anatomia de su fábrica y estructura; registra los resortes y mecanismo de sus operaciones: osa elevarse por el eter, montando sobre los Planetas y Estrellas para observar sus movimientos y sus giros, y como que estrecha á la naturaleza á que le revele sus secretos. Sólo quien ha gustado de esta clase de delicias del espiritu, conoce lo que embelezan y la ventaja que hacen á los del cuerpo.

Empleado de este modo, y disfrutando el favor del Prelado, cuyas expresiones y finezas crecian de dia en dia, vivía tan tranquilo, que me creia desterrada para siempre la amargura. Pero, ¡ha, que vino á hacermelo quitar de un golpe inesperado, que lo creí decisivo de mi perpetua desgracia! Quando menos se aguardaba, y quando creia iba á recibir primeras órdenes, para lo que estaba presentado y admitido arrebató la muerte de los ojos de los Poblanos al benemérito,

*Pues habia aprovechado usted las lecciones de la vida!*

*~~~~~*

*~~~~~*

Pastor que regia su Iglesia, á los ocho meses de su pontificado.

Una espesa niebla cubrió mi corazón, me parecía que el Cielo se había desplomado sobre mí, y lloré amargamente la pérdida de aquel Príncipe mi protector. Con su muerte espiraron las estimaciones y aprecio que me hacían algunas gentes, y quando asistí á sus exequias, al pasar su pomposo funeral, me figuré pasaba con él mi fortuna, así como al introducir su cadáver en el panteón, me creí sepultadas también mis esperanzas. Mi rector renunció su plaza, llenando el hueco el Canónigo Lectoral, Dr. Dn. Juan de Dios Olmedo.

APUNTE 3.

Conclusion del curso de Artes y Cátedra de Escriptura.

Año de 1790.

Continué la tarea de la Cátedra, creciendo cada día mi cariño á los discípulos, á los que ví con la ternura de un padre á sus hijuelos. A todos los amaba: á los buenos por que lo eran, y á los que dejaban de serlo, porque me lastimaba de que no lo fuesen, y una especie de predileccion ó inclinacion innata me llevaba hácia Joaquín Enciso, hijo de un Regidor principal de la Ciudad.

Velaba sobre ellos, sin haberme separado de su lado sino una semana, en que fui á Tlaxcala á las honras fúnebres del Sor. Dn. Carlos III<sup>o</sup> (que en paz descanse) para cuya oracion latina me asignó aquel Ayuntamiento. Procuraba esconderles cuidadosamente el concepto que tenía de cada uno, para que no desmayasen, y los llevaba inspirándoles ideas de honor, y prefiriendo siempre al rigor el cariño. Estas circunstancias, juntas al concepto con que ellos me honraban, y que es el primer ardor ó estímulo de aprender, segun Sn. Ambrosio, obraron en ellos señalado aprovechamiento, que era el logro á que se terminaban mis sudores.

A los fines del curso se me completó el año de la viudez de aquella Iglesia, por lo que pudo el Cabildo sede va-

(\*) hijo de perro y puta

cante darme dimisorias, con las que pasé á México, á ordenarme de Tonsura y Menores. A la sazón mi amigo y hermano Eusebio, aquel Eusebio de quien ya he hecho mención y tendré que repetirla muchas veces, se hallaba de Colegial en el Mayor, Insigne y Viejo de Sta María Todos Santos. Se había separado de mí, concluida la Teología, para cursar Derechos en el Colegio de Sn. Ildefonso de aquella Corte, de donde había pasado al de Santos,

Como nuestro amor no se había resfriado, deséabamos mutuamente vivir juntos. Se lo expresé así, significándole lo que apreciaría entrar en aquella casa, y él, que no esperaba otra cosa para declararse por el mismo pensamiento, me hizo formalizar luego la pretension. Fué bien recibida de todos los Colegiales, por que Eusebio les dió una idea ventajosa de de mí, haciéndome los elogios que le dictó su cariño.

Alentado con los buenos principios de mi empresa, é inquieto por su consecucion, marché á Puebla á concluir apresuradamente el curso, echando á mañana y tarde los actos, y trabajando de noche el papelón ó vejámen que se acostumbra dar á los discípulos, cuya idea fué la solemne jura del Sor. Don Carlos IV, que pocos dias ántes había hecho aquella Ciudad. Distribuí entre ellos los lugares. sin que la predileccion á Joaquín, ni los respetos que en semejantes casos se mueven, me apartasen de lo que estimé justo, ni haya tenido remordimiento alguno en la materia y los conduje á recibir el grado de Bachiller.

Al mismo tiempo, por tener ya concluida mi pasantía, me recibí de Abogado matriculándome en el Ilustre y Real Colegio de los de la Academia de México, y en dos témporas consecutivas recibí allí mis mo el Subdiaconado y Diaconado. Pero viendo que mi pretension, á pesar de haber sido de las más breves, caminaba con los tardos y lentos pasos que demandan los tratados ó pruebas de sangre, me volví á mi Colegio. Abri en él mi estudio: el Dor. Acosta, Defensor del Juzgado de Testamentos, que por haber sido familiar del Illmo. Sor. Echeverria, me veía con estimacion, me asoció á su despacho, y los Gobernadores por el Cabildo sede vacante, á influxo de mi Rector, me hicieron Catedrático de Sagrada Escriptura.

Comenzar á servir este empleo, fué el fin de mi carrera en aquel amado Seminario, donde pasé los más floridos años

Handwritten notes in the right margin of page 49, including the name 'Eusebio' and other illegible scribbles.

Handwritten signature or initials at the bottom right of page 49.

*muy bien  
este  
parrafo:  
de ver que  
si fue  
seguir adelante.*

de mi juventud, donde se ilustró mi espíritu, donde se fortaleció mi razón, y donde empecé á hacer alguna figura en el Mundo. Lo amo con todas las veras de mi alma, y aun la vista de sus paredes infunde ternura en lo más profundo de mi agradecido corazón. Me fué, pues, muy sensible separarme dél, y no pude hacerlo sin lágrimas en los ojos, por llamar me á México mi pretension, que estaba cerca de madurarse.

APUNTE 4.

Partidos de Colegio.

No es posible pasar adelante en mi narracion, sin exponer mi mente sobre el punto que acabo de tocar de amor á mi Colegio. Mientras me mantuve en él, después de ponerme en estado de reflexionar sobre las cosas, ninguna me incomodaba tanto, como aquella division de Escuelas, ó por mejor decir contrariedad de partidos, que transmigrando del entendimiento á la voluntad, y traspasando los limites de una emulacion racional, toca los del odio y enemiga declarada.

Después que dexó de enseñarse la Teología de Suares, extendiéndose la tomística á las aulas, en aquella se dictaba, ya no puede llamarse division de Escuelas, sino de Colegios. En efecto, así se expresan muchos, y para explicar que alguno estudió donde ellos, y otro no, dicen éste es de los muertos, aquél de la otra casa. Pero el mal es, que no habiendo ya diversidad ó pugna en las opiniones, hay con todo aversion en los efectos,

Observé una diferencia bien notable entre los Colegios y las Religiones: en estas el hábito no hace al monge: pero en aquellos la beca hace al Estudiante. Cada uno no tiene por hábil, ni por sabio, sino al que estudió en su Colegio; y aunque llegue á conocer la ignorancia del que pisó sus patios, ó la doctitud del que frecuentó los extraños, con dificultad confiesa lo que juzga, trocando ó disminuyendo, quando no puede ménos, una y otra, y procurando engañar á los demás, ya que no puede engañarse á sí. Esta manía, fanatismo, entusiasmo, bobera, ó llámese como se quiera, se conserva has-

ta la vejez y se lleva á los puestos elevados, originando funestisimos efectos en lo físico y en lo moral.

No entraré en la question de qual de los partidos es más sangriento, los tengo por igualmente culpables en la substancia, y exceda el que excediere en el modo, expondré el que me propuse en el partido que me tocó. Amo con ternura á mi Colegio, porque me lo inspira la naturaleza: vivo reconocido á lo que le debo, porque me lo dicta la razon; le haré quanto bien y honor pueda, porque lo exige mi gratitud, y lo haré igualmente á sus alumnos en las cosas de gracia que dependan de mí, porque me lo previene aún el orden de la caridad. Pero en tocando á la justicia y al mérito, he reconocido uno y otro, lo reconoceré y atenderé siempre donde se halle, y amaré ó no á los sugetos, segun sus circunstancias, sin distincion de Colegios.

La tengo en esta parte por una frusleria, indigna de los hombres de juicio, y celebré al Illmo. Sor. Omaña, Obispo de Oaxaca, la especie de compararla á los bandos de Roma y Cartago de los niños de la escuela, de que nadie vuelve á hacer caso quando grande. Yo procuraré no contaminarme de aquel contagio, manteniendo amistad, visitando y siendo visitado por los que se decian de Escuela contraria.

Si arguia en su casa con ardor, lo hacia tambien en la mia, porque ó la emulacion, ó el fervor escolástico, ó el amor propio lo sugieren así en la varandilla. Y si con algunos no trabé comunicacion, para lo que siempre he estado pronto, dependió de ellos; porque al tratarlos con agrado, no encontraba sino cierto seño, arqueamiento de cejas y encogimiento de hombros, que parecia denotaban se encogia y arrugaba su alma, como queriéndose ocultar en los últimos retretes del cerebro. por huir de mí como de un enemigo, sin más causa que vestir beca de otro color. La de Santos me llevaba la atencion, entre otras consideraciones, porque veía á aquel Colegio como un mar donde se confunden todos los rios de los Colegios menores.

## APUNTE 5.

### Beca de Santos.

Dos meses me mantube en México, esperando que se concluyesen las diligencias y pasos de mi pretension. Entretanto reparé el Arte de Nebrixa, por el que había estudiado la latinidad y, reflexionando en que muchas cosas podían reducirse, otras aclararse, y suprimirse ó añadirse otras, aligerando el estudio árido de la Gramática, hice apuntes de ellas, borradores que guardaré para coordinarlos, pulirlos y darles forma, quando tubiese tiempo.

Concluidas las diligencias del Colegio, y pasada la funcion literaria de estilo, fui votado para una beca de Teología, de que tomé posesion el nueve de Octubre de 1790, dia en mi estimacion de los más señalados de mi vida. Era aquel destino el principal objeto de mi ambicion, y la mayor felicidad que me presentaba mi fantasia. Lo hubiera preferido á qualquiera colocacion ó dignidad, con que se hubiese puesto en paralelo.

Al veer sobre mis hombros aquella beca tan deseada, no pude ménos que bañarla con lágrimas de ternura, las que se aumentaron despues, quando acabado el refresco y retirados los asistentes, me quedé á solas con Eusebio. «¿Con qué en fin, nos decíamos mutuamente, hemos vuelto á juntarnos despues de una larga separacion?» Yo le expresaba mi gratitud, él me significaba su gozo; yo queria decir mil cosas, él intentaba otras tantas; nos interrumpíamos, hablabamos á un tiempo, y nos estrechabamos con repetidos abrazos, porque al fin no estabamos para seguir una conversacion, transportados del gozo y la ternura.

Yo había conseguido lo que más apetecía, él tenia la generosa complacencia de haber favorecido á un amigo, y ámbos nos alegrabamos de nuestra union. En aquel momento se me representó la Puebla y sus habitantes. A todos los hubiera querido tener presentes, para que fuesen testigos de mi feliz situacion, y especialmente á mi querido discipulo Joaquin, cuya separacion era el único acibar que me amargaba en parte la dulzura que disfrutaba.

Escribí participando mi destino á mis discipulos y amigos, é igualmente al Illmo. Sor. Dor. Dn. Salvador Biempica,

que poco ántes había hecho su entrada en aquella Ciudad, ceñiendo su Mitra, y por lo mismo era mi Prelado, aunque no tenía el honor de conocerlo. Le acompañé la renuncia de la Cátedra que servía en el Seminario, y le pedí su permiso, que obtuve, para recidir en México, durante mi colegiatura.

## APUNTE 6.

### El mayor Virrey de México.

Tube entónces la satisfaccion de conocer al Exmo. Sor. Dn. Juan Vicente Guemes y Horcacitas, Conde de Revilla Gigedo y varon tan grande como el Nuevo Mundo que le dió cuna, y de que gobernó una mitad. Hasta los tiempos del P. Feyjoo, segun calificacion del mismo, el Marques de Casafuerte era el mayor Virrey que había tenido México; pero el Conde de Revilla Gigedo lo aventajó sin disputa. El cúmulo de circunstancias, de que cada una por si sola basta á inmortalizar á un Magistrado supremo ó á un General, formó en él un Héroe, de los que no se veen sino de tarde en tarde, porque para producirlos ha menester la naturaleza la revolucion de muchos siglos. Casi tres corrieron despues de la conquista de este Imperio para que lo gobernase; y quizá se necesitara mayor espacio para que haya quien lo iguale.

Lo ménos en él fueron su nobleza, su gallarda presencia, su aseo, sus riquezas y las condecoraciones con que lo honró el Rey, hasta la de Gentil Hombre de su Cámara y Teniente General de sus Exércitos. Sus talentos y virtudes morales opocaban el brillo de aquellas dotes. Jamás se ha visto Virrey más desinteresado. No sólo no tomó el más mínimo regalo ú obsequio, mirando como delito el presentárselo; pero ni aun su renta quiso percibir hasta concluir su quinquenio.

Fué tan laborioso, que el alba lo encontraba sobre su bufete trabajando en el gobierno, y pronlongaba sus tareas hasta más allá de la media noche, sin que hubiere desmallado un punto; como esperaban algunos, en los últimos años, continuando hasta el postrer dia en la misma forma que en el primero. Fué tan eficaz, que no sólo no demoraba expediente alguno, ni permitía lo demorasen los Tribunales y Oficinas, haciendo á sus Ministros cumplir con sus deberes;